¡Si pudiera, sólo una vez, alcanzar verte en el Capitolio, para todas estas cosas buenas! Es uno de mis deseos más vehementes.

Mis ideas titánicas, eran sólo fantasmas que presagiaban época más seria. Hállome bien metido en el estudio de la figura humana, que es el *non plus ultra* de todo el saber y el trabajo del hombre. Mi estudio preparatorio de la Naturaleza entera, sobre todo de la Osteología, me ayuda á dar grandes pasos. Ahora veo, ahora gozo lo más sublime que nos ha quedado de la antigüedad: las estatuas. Sí; reconozco que puede uno estudiar toda su vida y al fin podría exclamar: ¡Sólo ahora veo; solo ahora gozo! Estoy juntando cuanto puedo para cerrar, sobre la Pascua, una cierta época á que ya mi vista alcanza ahora y no dejar á Roma con decidido disgusto. Espero continuar en Alemania, cómodamente y profundizar, bastante despacio, algunos estudios.

Aquí nos arrastra la corriente, desde el momento en que entramos en la barca.

RELATO.

Enero.

Cupido engañador, maligno mozo,
Por horas me pediste te acogiese.
¿Cuántos días posaste y cuántas noches?
¡Y al fin te hiciste dueño de mi casa!
Hasme arrojado de mi holgado lecho,
Paso en tierra la noche sollozando:
Mi hogar atizas, quémasme y consumes.
¡Triste de mí! ¡La provisión de invierno!
Mis muebles, malicioso, trastrocaste,
Los busco como ciego y extraviado.
Por tu zambra no oir, pienso que el alma,
¡Partió, dejando la cabaña sola!

Si no se quiere tomar, al pie de la letra, esta pequeña canción, ni figurarse aquel demonio que generalmente se llama amor, sino una tropa de espíritus activos, que llaman, solicitan, llevan y traen el corazón del hombre y lo turban por móviles separados, no dejará de inspirar interés, de manera simbólica, el estado en que me en-

contraba y que los extractos de mis cartas y las narraciones anteriores, dan á conocer claramente. Se me concederá que debí hacer grandes esfuerzos para mantenerme contra tantos ataques, para no cansarme de mi actividad y no hacerme perezoso en recoger.

Recepción de la Academia de los Árcades.

Ya desde fines del año anterior veíame sitiado por una proposición, que también consideraba resultado de aquel desdichado concierto, por el cual, de manera bien ligera, nos habíamos despojado de nuestro incógnito. Tal vez habría otros motivos para que, de muchas partes, tratasen de decidirme á que consintiese en mi admisión como pastor de la Arcadia. Opúseme durante mucho tiempo; al fin tuve que ceder complaciendo á mis amigos, que parecían dar á la cosa particular importancia.

Sábese, en general, lo que es la Academia de los Árcades; pero no será desagradable oir algo más acerca del particular.

Durante el curso del siglo XVII, la poesía italiana había decaído por muchos estilos; pues hacia el fin de este periodo le reprochaban, los hombres instruídos y de valer, que había prescindido en absoluto del fondo, á lo cual se llamaba entonces—belleza interna.—También censurábanle, en absoluto, lo referente á la forma—belleza externa.—Usando expresiones bárbaras, versos de insoportable dureza, figuras y tropos defectuosos, sobre todo, hipérboles metonimias y metáforas sin término ni medida, habían sacrificado completamente lo agradable y dulce, que es lo que más gusta y más vale en la forma de una obra.

Aquellos escritores, convencidos de error, insultaron, no obstante, como de costumbre, lo verdadero y bueno, pretendiendo que sus abusos quedasen inviolables en lo porvenir, cosa que no pudieron tolerar los hombres instruídos y sabios; en el año de 1690, uniéronse cierto número de personas enérgicas y prudentes, poniéndose de acuerdo, á fin de entrar en otro camino.

Queriendo que sus asambleas no llamasen la atención, ni dieran pretexto á reacciones, se reunieron al aire libre en los jardines, bastante numerosos en el recinto de Roma. Ganaron al acercarse más á la Naturaleza y respirar, en el puro ambiente, el espíritu primitivo de la poesía. Allí, en lugares amenos, se tendían sobre el césped, sentábanse sobre restos arquitectónicos ó bloques de piedra, sin que á los Cardenales que entre ellos se encontraban, se les hiciese más distinción que un blando cojín. Hablaban de sus convicciones, de sus máximas y proyectos, tratando de hacer revivir, mediante lecturas poéticas, el espíritu de la antigüedad y el de la noble escuela toscana. «¡He aquí nuestra Arcadia!» exclamó en su entusiasmo alguno una vez. De ahí vino el nombre de la Sociedad y el carácter idílico de sus estatutos. No quisieron ponerla

bajo la dirección de ningún Grande influyente; no quisieron Jefe ni Presidente. Un Custodio debía cerrar y abrir los dominios de la Arcadia y, en caso necesario, lo asistiría un Consejo, elegido entre los más antiguos.

Es justo mencionar aquí el nombre de Crescimbeni, que puede considerarse como uno de los fundadores, y que desempeñó el oficio de primer Custodio durante muchos años, muy lealmente, velando siempre para que se depurase y mejorase el gusto, y sabiendo rechazar, cada vez más lejos, la barbarie.

Sus diálogos sobre la *Poesia volgare*, que no debe entenderse poesía popular, sino poesía que conviene á un pueblo, cuando la cultivan talentos verdaderos decididos y no la desfiguran caprichos y singularidades de cabezas mal organizadas; sus diálogos, donde expone la mejor doctrina, son evidente fruto de las conversaciones de la Arcadia, y muy importantes, comparados á nuestros modernos esfuerzos estéticos. En este sentido, merecen asimismo toda nuestra atención las poesías que publicó de la Arcadia. Nos permitiremos sólo las siguientes reflexiones. Estos estimables pastores, estableciéndose al aire libre, sobre la verde hierba, pensaron acercarse más á la Naturaleza, cosa que suele abrir al amor y á las pasiones el corazón del hombre. Ahora bien; la sociedad se componía de señores sacerdotes y otras personas respetables, que no podían entregarse al amor de aquellos triunviros romanos y que lo prohibieron de exprofeso. Siendo el amor indispensable al poeta, no les quedó otro recurso que tornarse

á aquellos deseos espirituales y hasta cierto punto platónicos, y entrarse por las alegorías; con lo cual sus versos tuvieron un carácter digno y particular, y además los pusieron en las huellas de sus ilustres predecesores Dante y Petrarca.

Cuando llegué á Roma, aquella Sociedad contaba precisamente cien años de vida, y aunque cambiando muchas veces de residencia y de sentimientos, conservaba su forma exterior con decoro, si no con gran apariencia, y no dejaban permanecer en Roma extranjero de alguna significación, sin instarle á que se hiciese recibir, y había tanto más motivo, cuanto no bastaban sus módicos recursos á sostener el guarda de las poéticas tierras.

La ceremonia pasó de la manera siguiente: En las antesalas de un edificio decoroso presentáronme á un eclesiástico, persona de importancia, y diéronmelo á conocer como fiador y padrino. Entramos en una gran sala, ya bastante animada, y nos colocamos en la primera fila de sillas, enfrente de una tribuna levantada en el medio. La entrada de la concurrencia aumentaba, y en el sitio vacío, á mi derecha, vino á sentarse un anciano de muy buena figura, que en su traje y en el respeto que le demostraban, creílo Cardenal. El Custodio, desde la tribuna, pronunció un discurso de introducción y llamó á diferentes personas que leyeron trabajos en prosa y verso. Después de transcurrido en ello bastante tiempo, el Custodio pronunció un discurso que omito, porque decía lo mismo que el diploma que

me entregaron y cuyo texto pienso dar aquí. Acto seguido fuí nombrado formalmente miembro de la Sociedad y recibido y reconocido con ruidosos palmoteos.

Entretanto, mi padrino y yo nos habíamos puesto en pie y saludábamos haciendo grandes reverencias. Él dijo un discurso bien pensado, no demasiado largo y muy oportuno, seguido otra vez de unánimes aplausos. Cuando se restableció el silencio, tuve ocasión de dar gracias en particular á cada uno y hacerle mis cumplidos. El diploma, que recibí al día siguiente, va á continuación, y como en cualquier otro idioma perdería su carácter, cito el original. Traté de dejar al Custodio lo más contento posible de su ayudante de pastor.

C. U. C.

NIVILDO AMARINCIO CUSTODE GENERALE D'ARCADIA.

Trovandosi per avventura a bearele sponde del Jebbro uno di quei Genj di prim'Ordine ch'oggi fioriscono nella Germania qual'è l'Inclito ed Erudito Signor De Gœthe consigliere attuale di Stato di Sua Altezza Serenissima il Duca di Sassonia-Weimar, ed avendo celato fra noi com filosofica moderazione la chiarezza della sua Nascita, de suoi Ministerj e della virtù sua, non ha potuto ascondere la luce, che hanno sparso le sue dottissimi produzioni tanto in Prosa ch'in Poesia, per cui si è reso celebre a tutto il Mondo Letterario. Quindi essendose

compiaciuto il suddetto rinomato Signor De Gœthe d'intervenire in una delle pubbliche nostre Accademie appena Egli comparve, come un nuovo astro di Cielo straniero tra le nostre selve, ed in una delle nostre Geniali Adunanze che gli Arcadi in gran numero convocati co' segni del più sincero giubilo ed applauso vollero distinguerlo come Autore di tante celebrate opere, con annoverarlo a viva voce tra i piu illustri membri della loro Pastoral società sotto il nome di Megalio, e vollero altresi assegnare al Medesimo il possesso delle Campagne Melpomenie Sacre alla Tragica Musa dichirandolo conciò Pastore Arcade di Numero. Nel tempo stesso il Ceto Universale commise al Custode Generale di registrare l'Atto publico e solenne di si applaudita annoverazione tra i fasti d'Arcadia e di presentare al Chiarissimo Novello Compastore Megalio Melpomeno il presente diploma in segno dell'altissima stima, che fa la nostra Pastorale Letteraria Repubblica de'chiari e nobile ingegni a perpetua memoria. Dato dlla Capanna del Serbatojo dentro il Bosco Parrasio alla Neonemia di Posideone Olimpiade DCXLI. Anno II dalla Ristorazione d'Arcadia. Olimpiade XXIV. Anno IV. Giorno lieto per Generale Chiamata.

NIVILDO AMARINZIO, Custode Generale.

El sello tiene una corona, mitad de laurel, mitad de pino; en el medio una flauta de Pan; debajo GLI ARCADE.

CORIMBO, MELICRONIO, FLORIMONTE, EGIRÉO, } Sotto Custodi.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Febrero.

CORRESPONDENCIA.

Roma 2 de Febrero de 1788.

¡Qué á gusto estaré el martes á la noche, cuando los locos se queden tranquilos! Es horrible pesadez ver á los demás hacer desatinos, no estando contagiado.

Proseguí mis estudios todo lo posible. *Claudina* adelanta también, y si todos los genios no me rehusan su ayuda, de hoy en ocho días enviaré el tercer acto á Herder y habré salido del tomo quinto. Ahora surge una necesidad, en la cual nadie puede aconsejarme ni prestarme ayuda. *Tasso* tiene que volverse á hacer de nuevo: lo hecho no me sirve. Ni lo puedo terminar según está, ni rechazarlo todo. ¡Trabajos que Dios da á los hombres!

El tomo sexto contendrá probablemente *Tasso*, *Lila*, *Jery* y *Baetely*, todo refundido, de manera que no los conocerá nadie. Al mismo tiempo volví á mirar mis pequeños poemas, pensando en el tomo octavo, que aparecerá tal vez antes del séptimo. ¡Qué cosa tan extraña es hacer así el *Summa Summarun* de nuestra vida! ¡Qué pocas huellas quedan de una existencia!

Aquí me agobian las traducciones de Werther, mostrándomelas y preguntándome cuál será la mejor y si todo aquello es verdad; es una plaga que me perseguiría hasta la India.

Roma 9 de Febrero.

Adjunto va el tercer acto de *Claudina*; deseo que te proporcione, al menos, la mitad del gusto que á mí me ha dado terminarlo. Conocedor de las necesidades del teatro lírico, traté de facilitar, haciendo sacrificios, el trabajo del compositor y del actor. La materia que se ha de recamar necesita tener los hilos largos, y en una ópera cómica hay que tejer en absoluto, como Marli. Sin embargo, ésta, al igual de *Erwin*, la he cuidado un poco para la lectura. En fin, hice lo que pude.

Me estoy muy callado y tranquilo, dispuesto, conforme dije, á obedecer á la primera llamada. Soy demasiado viejo para las Artes plásticas; si he metido también más ó menos mi cucharada, fué una sola vez. Mi sed se ha apagado. Estoy en el verdadero camino del estudio y la observación; pacífico y sobrio es mi goce; dadle vuestras bendiciones. Ahora, nada me interesa sino terminar mis tres últimos tomos. Luego le tocará á *Wilhelm*, etc.

Roma 9 de Febrero de 1788.

Los locos hicieron lunes y martes lo que se llama un ruido en regla, sobre todo el martes á la noche, que llegó al colmo el furor de los *moccoli*. El miércoles se dieron gracias á Dios y á la Iglesia por la cuaresma. No

asistí á ningún festín (así llaman á las *redoutes*). Estoy todo lo ocupado que mi cabeza resiste. Acabado el quinto volumen, ocúpome en algunos estudios artísticos y enseguida iré al sexto. Leí estos días el libro de Leonardo da Vinci *Sobre la Pintura* y ahora comprendo por qué nunca pude entender palabra de él.

¡Oh qué felices encuentro á los espectadores! ¡Se creen tan entendidos y están satisfechos de sí mismos! Igual sucede á los aficionados, á los conocedores. No puedes figurarte gente más sin aprensión, mientras que el verdadero artista siempre se encuentra desalentado. El otro día, oyendo formular juicios á un hombre que no trabaja, sentí tal repugnancia que no puedo expresarla. Un discurso así, me pone malo como el humo del tabaco.

Angelika dióse el gusto de comprar dos cuadros, uno del Ticiano y el otro de París Bordone, ambos de mucho precio. Muy rica, no gasta su rentas y las aumenta cada año su trabajo; hace muy bien en procurarse esas satisfacciones, que estimulan su fervor de artista. Desde el momento que tuvo los cuadros en su casa, principió á pintar de manera nueva, ensayando el modo de apropiarse algunas cualidades de aquellos maestros. Es incansable, no sólo en trabajar, sino en estudiar. Causa placer ver en su compañía cosas de Arte.

Kayser lleva también su obra como verdadero artista. Su música de *Egmont* adelanta mucho. Aún no lo he oído todo y paréceme cada cosa muy adecuada al pensamiento final.

También puso música á *Cupido engañador*, *maligno mozo*, etc. Te lo envio á fin de que, recordándome, lo cantéis á menudo; es mi canción favorita.

Tengo la cabeza desordenada de tanto escribir, hacer y pensar. No me hago más sabio; exijo demasiado de mí mismo y me impongo demasiada carga.

Roma 16 de Febrero.

Hace algún tiempo trájome el correo de Prusia una carta de nuestro Duque: la más amigable, grata, buena y amable del mundo. Pudiendo escribir con libertad, me exponía toda la situación política, la suya y otra porción de cosas más. Respecto de mí se ha expresado de la manera más afectuosa.

Roma 23 de Febrero.

Esta semana ocurrió un acontecimiento que ha entristecido á toda la colonia artística. Un francés llamado Dronet, joven de veinticinco años, hijo único de una madre muy cariñosa, rico, guapo, bien educado, que entre todos los discípulos era el que daba mejores esperanzas, ha muerto de viruelas. Es un duelo general. He visto en su estudio desierto, de tamaño natural, la

figura de un Philocteto que calma el dolor de su herida haciéndose aire con el ala de un ave de presa que acaba de matar. Es cuadro muy bien pensado y bien ejecutado, pero no está concluído.

Me aplico y estoy satisfecho y espero lo porvenir. Veo claro todos los días que he nacido para la poesía y que en los diez años, á lo sumo, que me quedan de poder trabajar, debería ejercitar esta especialidad y haría aún algo bueno, puesto que muchas veces, sin gran estudio, el fuego de la juventud me ha servido. De mi larga estancia en Roma saqué la ventaja de renunciar al ejercicio de las Artes plásticas.

Angelika hízome el cumplido de decirme que conoce pocas personas en Roma que vean mejor en las Artes que yo. Sé muy bien dónde no veo y qué es lo que no veo, y que hago siempre progresos y lo que habría que hacer para ver cada vez más lejos. En fin, conseguí ya mi objeto en una cosa que apasionado deseaba, y era no palpar como ciego.

Te enviaré en la primera carta unos versos,—*Amor, pintor de paisaje*,—y les deseo buena suerte. Traté de poner en cierto orden mis pequeños poemas. Parece cosa singular. Los dedicados á Hans Sachs y á la muerte de Miedings, cierran el tomo octavo y mis obras por ahora. Si me llevan á descansar junto á la Pirámide (1), estos dos poemas podrán servirme de oración fúnebre.

---

(1) La Pirámide de Cestius, donde estaba el cementerio protestante.

Mañana temprano tenemos capilla Papal y principia la audición de la famosa música antigua, que luego, en la Semana Santa, se eleva al mayor grado de interés. Iré la mañana de todos los domingos, animado á conocer ese estilo. Kayser, que lo estudia en serio, me explicará su sentido. En cada correo esperamos un ejemplar de la música del Jueves Santo, que Kayser dejó en Zurich. Primeramente lo tocará en el clavecín y luego lo oiremos en la capilla.